

REPRESENTACIONES DE LA(S) CRISIS DE 2008 Y SUS CONSECUENCIAS EN EL MEDIO RURAL A TRAVÉS DE CINCO NOVELAS ESPAÑOLAS*

REPRESENTATIONS OF THE 2008 CRISIS AND ITS CONSEQUENCES IN RURAL AREAS THROUGH FIVE SPANISH NOVELS

Maria Ayete Gil

 <https://orcid.org/0000-0002-6638-3281>

Université catholique de Louvain, Bélgica.

E-mail: maria.ayetegil@uclouvain.be

DOI: <https://doi.org/10.36132/3j47qc25>

Recibido: 6 febrero 2024 / Revisado: 21 mayo 2024 / Aceptado: 21 mayo 2024 / Publicado: 14 junio 2024

Resumen: Este trabajo tiene por objeto reflexionar política e ideológicamente sobre la representación de la crisis de 2008 y sus repercusiones en el hábitat rural en la ficción literaria española reciente. Se propone para ello el análisis de cinco novelas (neo)rurales, no sin antes una breve introducción de carácter histórico-cultural del proceso de repolitización pos15M de la novela en España, así como la explicitación de los problemas en torno a las nomenclaturas “rural” y “neorrural”.

Palabras clave: novela rural, neorruralismo, crisis, política, ideología

Abstract: This paper aims to reflect politically and ideologically on the representation of the 2008 crisis and its repercussions on the rural habitat in recent Spanish literary fiction. To this end, it proposes the analysis of five (neo)rural novels, but not before a brief historical-cultural introduction to the post-15M repoliticization process of the novel in Spain, as well as the explanation of the problems surrounding the nomenclatures “rural” and “neo-rural”.

Keywords: rural novel, neorruralism, crisis, politics, ideology

* Este artículo ha sido realizado en el marco de un contrato posdoctoral “FSR Incoming Post-doc Fellowship 2023” en la Université catholique de Louvain.

La crisis de 2007/2008 –primero económica, pero rápidamente sistémica– estalla en una expresión de malestar sin parangón en la historia democrática del Estado español: el 15-M, un movimiento-acontecimiento que politiza a la ciudadanía al ensanchar los límites de la imaginación e instaurar en la plaza pública la discusión de los consensos que fundan la realidad española legitimada¹. Esta politización social redundante en cierta repolitización del campo literario, puesto que en él empiezan a aflorar textos que, lejos de reproducir el relato conflictivo dominante y operar desplazando las contradicciones de la ideología hegemónica, se proponen señalar, para hacerlas visibles, justamente estas contradicciones y operaciones de desplazamiento². Los procesos de visibilización que llevan a cabo estas obras literarias suponen la aparición, en el plano de la ficción, de cuestiones hasta entonces mayoritariamente silenciadas o borradas –que no inexistentes en la realidad anterior de la crisis– como lo son la precariedad, la explotación, la lucha de clases o la(s) violencia(s) contra los cuerpos y las mentes. La repolitización de la literatura es, por tanto, nada más y nada menos que la eclosión de textos que realizan estas operaciones de desvelamiento, discutiendo la versión aporreada legitimada por los discursos dominantes.

Fruto de la situación de crisis afloran dentro del campo novelístico las ficciones (neo)realistas y las distopías, ambas en un intento de representar, entre otras cuestiones, el malestar y el miedo generalizados. La mayoría de las novelas (neo)realistas posteriores al 15-M son novelas urbanas; esto es, ocurren en un escenario ciudadano. Sin embargo, también es cierto que han aparecido en un periodo relativamente corto de tiempo toda una serie de relatos ubicados en otro lugar, en el hábitat rural, y que muestran, en un movimiento inverso al de la década de los sesenta, la vuelta de sujetos urbanos al campo. Aunque a todas luces incomparable con el éxodo rural

vivido durante el franquismo³, consecuencia del modelo capitalista adoptado con el Plan de Estabilización Nacional (1959) y cuya implantación transformó económica, política y culturalmente España, desmantelándose como contrapartida el mundo rural y sus formas de vida, este cambio de dirección, promovido tanto por la crisis financiera como por la sanitaria y la ecológica, es patente. En cualquier caso, ya en 2014 –y nótese que es dos años antes de la publicación de *La España vacía* (2016), de Sergio del Molino, y todo lo que ha significado⁴– escribía Álvaro Colomer en *La Vanguardia* un artículo cuyo título rezaba “La literatura vuelve al campo”⁵. Y sí, la literatura ha vuelto al campo, al menos una parte de ella.

Ahora bien, ¿qué nos está contando esta literatura que ha vuelto al campo? ¿De qué hablan las novelas rurales/neorrurales? ¿Cuál es la realidad del campo que nos muestran? ¿Podemos hablar, en virtud de su representación de la vida en el campo, de textos políticos? Es decir, ¿desplazan estas novelas las contradicciones radicales o, por el contrario, tratan de interrumpir la lógica hegemónica mostrando lo invisibilizado? ¿Hay una visión romantizada / nostálgica de la realidad rural o hay, más bien, una visión crítica? En otras palabras: ¿aparece en los textos literarios la encrucijada histórica ante el colapso medioambiental, los procesos de globalización y urbanización, la alteración de las condiciones de habitabilidad, la despoblación de las zonas agrícolas o los problemas y peligros de la agroindustria, o la vida en el campo se coloca de espaldas a todo ello y el pueblo es un escenario como cualquier otro? Finalmente, ¿cómo se relacionan estos relatos con las novelas urbanas pos15-M de autores como Isaac Rosa, Cristina Morales, Pablo Gutiérrez, Yaiza Berrocal, Diego Sánchez Aguilar, Munir Hachemi o Natalia Carrero, por citar solo algunos nombres?

¹ Una reflexión sobre el 15-M como acontecimiento se encuentra en Becerra Mayor, David, *Después del acontecimiento. El retorno de lo político en la literatura española tras el 15-M*, Manresa, Bellaterra edicions, 2021, y en Gozalo i Salellas, Ignasi, “15-M, la lluvia que no cesa. Una relectura del acontecimiento contemporáneo”, *452ºF. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 15 (2016), pp. 54-70.

² Esta es la tesis que defiende en *Ideología, poder y cuerpo: la novela política contemporánea*, Manresa, Bellaterra edicions, 2023.

³ Gómez Trueba, Teresa, “Introducción: desmontando algunos sobreentendidos en torno al neorruralismo y la novela”, en Gómez Trueba, Teresa (ed.), *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes, 2022, p. 13

⁴ Me refiero a su repercusión mediática y al uso político que se ha hecho del sintagma que da título al ensayo, “España vacía”, rápidamente sustituido por periodistas, intelectuales y militantes por el de “España vaciada”, con las diferencias evidentes que ello supone. Vale la pena señalar que este último circula todavía en la actualidad, habiendo desplazado de manera definitiva al primero.

⁵ Colomer, Álvaro, “La literatura vuelve al campo”, *La Vanguardia*, 19 de agosto de 2014.

El objeto de las páginas que siguen no es el de responder, *sensu stricto*, las anteriores preguntas, sino el de reflexionar en torno a la potencia política de algunas novelas rurales/neorrurales recientes que tematizan, de una manera o de otra, la crisis de/en el mundo rural. Para ello, en primer lugar, tratará de deshacerse la encrucijada terminológica en la que se encuentra la crítica a la hora de estudiar las ficciones ubicadas en el campo para, posteriormente, pasar a la sección central, dedicada al análisis ideológico/político de cinco textos literarios, a saber: *La drecera* (2020), de Miquel Martín i Serra, *La forastera* (2020), de Olga Merino, *La huerta y el origen de las cosas* (2020), de Rubén Uceda, *Las ventajas de la vida en el campo* (2018), de Pilar Fraile, y *Feria* (2020), de Ana Iris Simón. El artículo se cierra con un breve epígrafe conclusivo.

1. UNA CUESTIÓN TERMINOLÓGICA

La detención en las categorías de “rural” y “neorrural” tiene fácil justificación: basta la lectura de algunos textos académicos o artículos periodísticos sobre el tema para detectar cierta confusión a la hora de catalogar las ficciones recientes ambientadas en espacios rurales. Si bien es cierto que hay análisis en los que se alternan los términos sin motivo aparente, podemos decir que, *grosso modo*, se tiende a hablar de “novela rural” en lo que respecta a textos anteriores al reciente giro hacia lo rural de parte de la literatura española actual —es decir, Delibes, Cela o Llamazares, por ejemplo—, mientras que se prefiere “novela neorrural” para las creaciones poscrisis de autores jóvenes, independientemente de si estos escritores viven o no en el campo, o de si sus personajes provienen o no de la ciudad⁶. Las líneas que separan lo intratextual de lo extratextual parecen fundirse una vez puesta sobre la mesa la noción de “neorruralidad”, lo cual tiene todo el sentido del mundo si atendemos, como lo haremos más adelante, al campo de estudio original del término.

⁶ La importancia dada a lo biográfico en este punto es cuando menos llamativa. Es más, algunos autores achacan la poca calidad estética de las novelas neorrurales recientes a la procedencia de sus autores: el hecho de que los escritores no vivan —ni lo hayan hecho— en un pueblo conlleva el desconocimiento de la realidad del medio, de ahí la pobreza de sus textos. Véase Mora, Vicente Luis, “Líneas de fuga neorrurales de la literatura española contemporánea”, *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 4 (2018), pp. 203-206.

En cualquier caso, para Fernando Collantes y Vicente Pinilla, quienes a su vez siguen los postulados de los sociólogos William W. Falk y Thomas A. Lyson en *Forgotten Places: Uneven Development and the Loss of Opportunity in Rural America* (1993), el adjetivo *rural* puede tener hasta tres acepciones: una de carácter demográfico (pequeños núcleos de población con poca densidad), otra relacionada con lo laboral (ocupación en el sector agrario) y, finalmente, una cultural (relacionada con determinados valores tradicionales). Añaden a estas tres acepciones una cuarta, sin duda interesante: lo rural entendido no como “rasgo objetivo (y medible por lo investigadores)” sino como “construcción social”, es decir, lo rural entendido como aquello que la sociedad ha construido (piensa) como rural⁷. El hecho de que existan cuatro acepciones (en lugar de una que las englobe a todas) conduce a pensar que basta con una de ellas para estar ante lo rural. Desde esta perspectiva, por ejemplo, sería igual de rural una novela cuyo personaje protagónico realice labores agrícolas, aunque viva en la ciudad y se traslade diariamente hasta el campo, como quien se traslada diariamente a su puesto de trabajo, que una cuyo personaje viva en el pueblo y trabaje de manera remota para una entidad bancaria.

De acuerdo con el Atlas Nacional de España (ANE), en la definición de hábitat rural prevalece, sin embargo, lo demográfico, de ahí que este se refiera a

“las aldeas, los lugares, los pueblos o los barrios existentes en España, en municipios que no alcanzan un efectivo superior a 10.000 habitantes”⁸.

Después, por supuesto, están las variantes de tipo demográfico, económico y social, todas ellas de gran peso en la idiosincrasia particular de esas zonas, pues el medio rural, lejos de homogéneo, se caracteriza por su diversidad. En cualquier caso, la interrelación entre lo geográfico, lo ocupacional, lo cultural y lo representacional es, creo, fundamental, por cuanto permite constatar

⁷ Collantes, Fernando, y Vicente Pinilla, *¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, p. 28.

⁸ La entrada dedicada al hábitat rural, ubicada en la sección IV del atlas (“población, poblamiento y sociedad”), está disponible en atlasnacional.ign.es/wa-ne/H%C3%A1bitat_rural [Consultado el 10 de enero de 2024]

la historicidad de lo rural y plantear, entonces, que lo que acabamos de hacer es trazar algo así como la definición de ruralidad hoy, lo cual implica aceptar, en primer lugar, la desencionalización de lo rural y, en segundo lugar –y, por lo tanto–, que lo rural no se ha mantenido inalterable en el tiempo, ni lo va a hacer.

Adoptando este enfoque, podríamos decir que novelas rurales serían aquellas ubicadas en espacios caracterizados por dicha densidad de población, siempre y cuando este espacio rural intervenga (sea significativo) en la articulación narrativa del relato y no mero escenario estático o aderezo, aunque esto último podría asimismo discutirse. Es decir, novelas en las que, de una manera o de otra, se tematice la vida en un hábitat rural, independientemente de las actividades que para su subsistencia realicen los personajes. La gama de posibilidades formales y genéricas dentro de esta novela rural es, como puede atisbarse, inmensa.

En lo que respecta, por otro lado, a lo que se denomina neorruralidad, esta aparece en los años setenta en Estados Unidos y Francia, aunque luego se expande por el resto de Europa. Se trata de un concepto proveniente de la sociología y podría definirse como

“el proceso de abandono de la ciudad y de asentamiento en el campo de un colectivo mayoritariamente joven que busca un proyecto de vida alternativo”⁹;

un proyecto de vida que es alternativo en la medida en que está basado en el emprendimiento de actividades agrícolas o ganaderas como medio de sustento, ya que, en el fondo, “supone un movimiento social que revigora elementos de la cultura campesina y predica las ventajas de vivir en el campo”¹⁰. La neorruralidad ha tenido distintas oleadas, pero lo que es evidente es que, a pesar de las transformaciones con el tiempo, “el neorruralismo es algo más que un mero retorno al campo”¹¹, puesto que implica la asunción de unas prácticas sociales en estrecha relación con el espacio en el que se desarrollan.

⁹ Nogué, Joan, “El reencuentro con el lugar: nuevas ruralidades, nuevos paisajes y cambio de paradigma”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 62 (2016), p. 494.

¹⁰ Ratier, Hugo, “Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión”, *Revista de Ciencias Humanas*, 31 (2022), p. 24.

¹¹ Nogué, Joan, “El reencuentro con el lugar...”, op. cit., p. 496.

Si estos últimos detalles son importantes lo son justamente porque la crítica española (sobre todo periodística) parece haberse quedado en una definición cuando menos superficial del término, tildando de neorrural cualquier relato protagonizado por un individuo que se traslada de la ciudad al pueblo¹².

Las novelas neorrurales, en este sentido, no pueden ser ni simplemente aquellas que, atendiendo al significado del prefijo neo-, se consideran “nuevas” con respecto de otras “viejas” o tradicionales –Blasco Ibáñez, Delibes, Cela...–, ni aquellas caracterizadas solo por un sujeto protagonista que vive en el hábitat rural siendo de origen urbano. Los textos neorrurales habrían de ser aquellos protagonizados por individuos que, en efecto, tienen una procedencia urbana y viven en el campo, pero que, además, trabajan en labores propias de tal medio con intención de integrarse en él. *La huerta*, de Rubén Uceda sería, por lo tanto, novela neorrural, mientras que *Las ventajas de la vida en el campo*, de Pilar Fraile, no podría etiquetarse igual, a pesar de que sus protagonistas se trasladen de la ciudad al pueblo, dado que no trabajan en labores propias del medio. ¿Cómo debería denominarse esa novela, entonces? Tal vez “rural”, ya que acontece en el medio rural, pero sin duda no “neorrural” si nos basamos en lo que la neorruralidad significa todavía hoy para la sociología.

La maraña terminológica y las inconsistencias de la crítica a la hora de delimitar el alcance de los términos en juego ha llevado a autores como Raúl Molina Gil a ofrecer una propuesta alternativa, “literaturas de la ruralidad”, sintagma con el que el autor busca “hacer referencia al conjunto de obras cuyos personajes, espacios y relatos tienen lugar en ámbitos geográficos rurales. De esta forma”, y aquí, en mi opinión, el gran hallazgo,

¹² “Desde 2013 hasta la actualidad, pero especialmente entre los años 2014 y 2016, hemos visto cómo crecía en España una extraña etiqueta en el mundo de la literatura española, la del neorrural o neorruralismo”, fruto sobre todo del éxito de *Intemperie* (2013), de Jesús Carrasco, considerada pionera de esta corriente de novela neorrural, a partir de la cual “los periodistas culturales tejieron hilos con otras novedades que estaban apareciendo, y que también tenían en común el espacio rural como ambientación narrativa”. La incidencia de la moda en este giro hacia lo rural parece evidente, así como la pertinencia comercial del término *neorrural* para clasificar estos textos. Véase Mora, Vicente Luis, “Líneas de fuga...”, op. cit., p. 221.

“el concepto *literaturas de la ruralidad*, al igual que el de *literaturas de la memoria* o el de *literatura histórica* [...] refiere a una corriente plural y heterogénea, dentro de la cual tienen cabida diferentes géneros [...], diferentes tratamientos ideológicos de la ruralidad [...], diferentes subgéneros [...] y, por consiguiente, diferentes temáticas [...]”¹³.

Así, Molina Gil subsumiría en el sintagma “literaturas de la ruralidad” tanto a la novela rural como a la neorrural.

Sea como fuere, resulta evidente que parte de los problemas a la hora de establecer las definiciones –y, en consecuencia, los límites– entre lo rural y lo neorrural es resultado de un “cambio de paradigma” que tiene que ver con el acercamiento de lo rural y de lo urbano fruto de las nuevas tecnologías de la información y avances en las vías de comunicación¹⁴. Se ha producido sociológica y mentalmente “una difuminación prácticamente total de las tradicionales barreras conceptuales y funcionales campo-ciudad”¹⁵, lo que ha conducido a la realidad de que muchas personas pertenecen simultáneamente a los dos mundos¹⁶. No en balde se habla de un “híbrido urbano-rural”¹⁷. Lo que es evidente es que, al contrario que en épocas pasadas, ahora, si uno así lo desea,

“puede plantearse instalarse en un entorno rural disfrutando prácticamente de las mismas comodidades que en la ciudad o, como mínimo, siguiendo conectado a la ciudad y a todo lo que esta ofrece”¹⁸.

Podríamos decir que lo urbano está comiéndose a lo rural, o que la dificultad de caracterizar los entornos rurales se debe a su “cada vez más difícil deslindamiento de los entornos urbanos en las presentes circunstancias de creciente rururbanización”¹⁹. Para Marc Badal, no obstante, a pesar de la realidad de esta gran transformación, las diferencias entre campo y ciudad permanecen, aunque cada vez sean menores, de ahí que sostenga que

“lo urbano está lejos de haber colonizado completamente el medio rural. Prueba de ello es que tenemos bien clara cuál es la diferencia entre vivir en un caserío de montaña, en una buhardilla del Barrio Latino o en una colmena de catorce plantas junto a la M-30”²⁰.

Y prueba de ello es, también, la existencia todavía de una “literatura del hábitat rural”.

2. RURALIDAD Y CRISIS

Geneviève Champeau ha relacionado esta tendencia reciente de la ficción literaria a mirar hacia el campo con la crisis de 2008²¹. Pienso lo mismo, es decir, que esta novela “es una de las formas que adopta la escritura de la crisis”²². Se combinan dos factores, según Champeau: por un lado, “la salida a la palestra de la generación de los ‘nietos’ de los actores de la ola migratoria de los años 60/70” –nietos de los protagonistas de ese Gran Trauma del que habla Sergio del Molino²³– y, por el otro, “las consecuencia sociales y morales de la crisis financiera de 2008”²⁴. Esta generación de los nietos se marcha de la ciudad ante la imposibilidad de la vida en la urbe, y tal imposibilidad puede deberse a varias razones, aunque la precariedad económica acostumbra a ser un factor principal. Lo que llama la aten-

¹³ Molina Gil, Raúl, “Del neorruralismo a las literaturas de la ruralidad: un debate terminológico sobre el etiquetado de una tendencia en auge”, *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 34 (2024), en prensa.

¹⁴ Nogué, Joan, “El reencuentro con el lugar...”, op. cit.

¹⁵ Nogué, Joan, “El reencuentro con el lugar...”, op. cit., p. 499.

¹⁶ Sin olvidar la famosa tesis de Debord según la cual estamos siendo testigo del hundimiento simultáneo tanto del campo como de la ciudad. Véase Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Santiago de Chile, Ediciones Naufragio, 1995, pp. 106-107.

¹⁷ Guiu, Víctor, *Lo rural ha muerto, viva lo rural. Otro puñetero libro sobre la despoblación*, Teruel, Dobleuve Comunicación, 2019, p. 67.

¹⁸ Nogué, Joan, “El reencuentro con el lugar...”, op. cit., p. 496.

¹⁹ Entrena-Durán, Francisco, “La ruralidad en España: de la mitificación conservadora al neorruralismo”, *Cuadernos de desarrollo rural*, 9/69 (2020), p. 41.

²⁰ Badal Pijoan, Marc, *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*, Logroño y Oviedo, Pepitas y cambalache, 2017, p. 23.

²¹ Champeau, Geneviève, “La novela neorrural actual entre distopía y retro-utopía”, *HispanismeS. Revue de la Société des Hispanistes Français*, 11 (2019), pp. 16-34.

²² Champeau, Geneviève, “La novela neorrural actual...”, op. cit., p. 33.

²³ Del Molino, Sergio, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner, 2016

²⁴ Champeau, Geneviève, “La novela neorrural actual...”, op. cit., p. 16.

ción de la novela del hábitat rural actual mayoritaria es su escasa capacidad crítica, su falta de potencia política, a pesar de hundir sus raíces en la inestabilidad del presente. Champeau viene a concluir algo parecido cuando apunta que la recreación del pasado que elaboran la mayoría de estos textos es ahistórica o aconflictiva, pero también lo es, en muchos casos, su recreación del presente del mundo rural. Añade Champeau que esta recreación idealizada del pasado rural –y, añadido yo, de su presente– contrasta con “el progresismo de la literatura rural del ‘realismo social’ de los años 50/60 del pasado siglo”²⁵, pero contrasta también, y sobre todo, con la calidad estética y potencia de ruptura o desestabilización de textos –si queremos llamarlos así– *urbanos* de reciente aparición como Clavícula (2017), de Marta Sanz, *Lectura fácil* (2018), de Cristina Morales, *Feliz final* (2018), de Isaac Rosa, *Factbook. El libro de los hechos* (2018) o *Los que escuchan* (2023), de Diego Sánchez Aguilar, *Cabezas cortadas* (2018) o *La tercera clase* (2023), de Pablo Gutiérrez, *Fábricas de cuentos* (2019), de Javier Mestre o *Curling* (2022), de Yaiza Berrocal, por decir solamente algunos títulos. Textos todos ellos de confrontación con el horizonte ideológico dominante, de señalización de contradicciones radicales y de ensanchamiento de grietas, algo tal vez impensable en tal cantidad y variedad sin la crisis, el 15-M y sus ecos.

2.1. La crisis del hábitat rural

Pero no todos los textos recientes ubicados en el hábitat son anestésicos y despolitizadores, o no del todo. *La forastera*, de Olga Merino, y *La huerta y el origen de las cosas*, de Rubén Uceda, así como *La dreuera*, de Miquel Martín i Serra, son ejemplos de relatos del hábitat rural que, cada uno a su manera, ponen sobre la mesa conflictos radicales del sistema que nos constituye en tanto en cuanto lo habitamos, con sus contradicciones, desajustes y discontinuidades; unos conflictos, las más de las veces, acuciados por el derrumbe de 2008, cuando no augurio de lo que estaba por venir.

En el último de ellos, *La dreuera*, asistimos a la vida en un pueblo innominado de la zona de l’Empordà a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta de la mano de un narrador autodiegético preadolescente hijo de masoveros. La novela, escrita a ritmo pausado, con

un tono cercano y un estilo elegante por sutil, si bien señala con acierto histórico las diferencias entre amos y sirvientes (entre los señores de la masía y sus trabajadores), prestando atención a las distintas formas de vida –y de habla– de burgueses y campesinos²⁶, evita el conflicto de clases, por el que pasa solo de puntillas, y, en su lugar, pone en el centro una crítica al proyecto urbanístico de la Costa Brava, resultado del modelo turístico impuesto por el desarrollismo (pos)franquista y cuyos resultados son en la actualidad bien visibles.

A través de los ojos del niño, el texto evoca con belleza los sonidos, los olores y el paisaje mediterráneo, un entorno que muta lentamente al compás del tiempo y de los cambios asimismo en el protagonista. La modificación artificial del paisaje es uno de los grandes temas del relato de Martín i Serra, y está articulado a partir de dos elementos: por un lado, la constatación de alteraciones evidentes en las inmediaciones de la masía (la compra del *mas* de al lado, por ejemplo, cuya conversión en casa de vacaciones de una familia adinerada de la Ciudad Condal mete en camiones a gallinas, ocas y vacas, destruye la antigua balsa de los patos y secciona con muros los caminos) y, por el otro, la representación de estampas hoy día imposibles, como la calita casi desierta en verano donde padre e hijo cogen el día de fiesta semanal mejillones y pulpo para un arroz. El deje de nostalgia sobre lo perdido es evidente en la novela, en algunos puntos cercana a lo bucólico, pero es que *La dreuera* es la crónica de muchos finales: el de una infancia, el de un entorno-mundo que ya no existe (un Empordà con masías, pescadores, calas desiertas y animales) y el de un modo de vida ligado a la naturaleza²⁷. El paisaje se ha alterado para siempre

²⁶ El inicio del texto es sintomático en este sentido, por cuanto viene a resaltar la obligatoriedad de ayudar en las labores de la casa y del campo: “Era divenres i jo havia quedat amb en Llenas per anar a la vila a comprar balins, però just quan m’enfilava a la bici, la mare em va cridar i em va enviar a l’hort a buscar cebes i patates. No m’agradava gens, anar a l’hort, perquè el pare em feia arrencar les cebes i llençar les patates podrides, que feien una pudor de mil dimonis, i a sobre, si trigava gaire, em deia, espavila’t, que se’t farà fosc”. Véase Martín i Serra, Miquel, *La dreuera*, Barcelona, Edicions del Periscopi, 2022, p. 11.

²⁷ En contraposición a esta mirada nostálgica y, por momentos, romantizada de la vida en las masías está la novela *Basa*, de Miren Amuriza, un relato de resistencia duro y desasosegante que, desde el presente, explora las posibilidades de conservación del modo

²⁵ Champeau, Geneviève, “La novela neorrural actual...”, op. cit., p. 33.

y, con él, el hábitat rural tal y como se conocía. Hoy, esos “xalets que cada vegada es menjaven un tros més de muntanya”²⁸ con cuya visión va cerrándose el libro, son ya emblema definitivo –y homogeneizador– de las fuerzas del progreso y la globalización. La crisis del mundo rural que subraya *La drecera* es incomprensible, en este sentido, sin atender al crac de 2008, por cuanto son justamente estas fuerzas deudoras del insaciable movimiento del capital las causas primeras y últimas de dicha debacle.

Si bien es verdad que el texto se aproxima por momentos al peligro de la romantización de la vida en el campo, también lo es que en él aparecen elementos como el trabajo físico y su cansancio, la precariedad y la explotación de los masoveros, aunque no lo hagan de manera honda y descarnada. Esto no puede sorprendernos: como he referido antes, más que la sumisión de los de abajo, a *La drecera* le interesa testimoniar la desaparición de un paisaje concreto y del modo de vida que le es propio, fruto de su desprotección ante la turistificación de las costas mediterráneas. Así, el suicidio del masovero vecino, de nombre Pitu, tras quedarse sin trabajo al vender sus amos la finca a unos señores de Barcelona es la constatación de la pérdida definitiva de un espacio y de una forma de vida que, como Pitu y su vejez, han pasado a concebirse, junto con sus saberes y prácticas, como antítesis del progreso al que impele la modernidad.

En un tablero distinto juega *La forastera*, de Olga Merino, porque si hay algo que la novela acierta en retratar es, por encima de cualquier otra cosa y a diferencia de *La drecera*, la lucha en el campo entre terratenientes y campesinos en el presente siglo. El conflicto de clases es aquí bien claro, y puede sintetizarse como sigue: tras la muerte de Julián Jaldón, patrón y dueño de las tierras de Las Breñas, sus hermanas gemelas comienzan los trámites para la venta de las tierras de cara a la construcción de un complejo hotelero. El problema para llevar a cabo las gestiones pertinentes es Ángela, la protagonista del relato, una mujer nacida y criada en Barcelona por padres que salieron del campo en las décadas del éxodo rural y que regresa entrada la cincuentena al hogar familiar, donde vive sola y aislada –la casa está a 5 kilómetros de la aldea– con la única compañía

de vida propio del caserío vasco a través del personaje de Sabina Gojenola, anciana, dueña y habitante de la casa, en contra de los deseos de su descendencia.

²⁸ Martín i Serra, Miquel, *La drecera*, op. cit., p. 133.

de sus perros. Y digo que Ángela es el problema porque la construcción de los hoteles pasa por su expulsión, dado que su casa está edificada sobre tierra de los Jaldón, aunque en el pasado fuera propiedad de la familia de la protagonista.

El planteamiento del conflicto es excelente por dos motivos: el primero, porque apunta a las condiciones de explotación radical del campesinado y al despojamiento de sus tierras en el pasado; el segundo, porque es capaz de traer las consecuencias de esa explotación al presente diegético, construyendo un escenario atravesado por su historicidad²⁹. Me interesa subrayar fundamentalmente una cosa: el retorno de Ángela al campo no es el retorno a una arcadia o a un espacio atemporal por deshistorizado, sino la vuelta a un lugar y a su realidad histórica, con sus contradicciones y sus conflictos; una realidad, la del campo, marcada por la precariedad y el trabajo físico, por el machismo y el hermetismo comunitario, pero también por el silencio, el paisaje y el contacto con los animales.

Ahora bien, así como el núcleo argumental (el enfrentamiento) está bien trazado, su resolución deja escapar la potencia política que había ido condensándose, página tras página, en el relato. ¿Por qué? Porque el conflicto se resuelve individualmente. Ángela es el único personaje con agencia en la novela, el único que planta cara a las nuevas terratenientes y que parece entender lo que se avecina. La novela se cierra cuando la protagonista huye tras prenderle fuego a su casa y a la de las Jaldonas. El efecto ideológico del cierre es evidente: la reafirmación ideológica de la individualidad capitalista. No vale la pena apelar a la empatía ni a la solidaridad de clase, así que, ante la aparente imposibilidad de una respuesta colectiva, la única lucha viable es la individual. Sin embargo, ¿Ángela ha vencido? El lector lo desconoce, porque el personaje huye y la novela se termina, luego jamás se sabe si las terratenientes sobreviven al incendio y continúan con sus planes.

Debo indicar, pese a todo, que este desenlace está en consonancia con la lógica establecida en

²⁹ Un detalle que no debe pasarnos por alto, porque está estrechamente relacionado con los cambios sufridos en el campo tras su apertura al mercado europeo y la falta de mano de obra nacional –que o bien se había marchado años antes o bien se dedica al sector estrella todavía en la actualidad, el turismo– es la extranjería de algunos de los temporeros que trabajan las tierras.

el relato, porque Ángela vive aislada de la comunidad tanto física como emocionalmente, por lo que haber planteado algo distinto —es decir, colectivo— habría resultado impostado. Y es que no es para nada casual que ya en la primera página de la novela sea patente su estructura dicotómica, reflejo de la estructura dicotómica de la subjetividad de su narradora y protagonista: el “yo” frente al “ellos” (“ellos” es, de hecho, la primera palabra de *La forastera*). Y el arranque del segundo párrafo de la novela insiste de nuevo en esta separación: “Aquí no toman afecto a los extraños como no se lo tomes tú primero a ellos, y a mí nunca me convino el esfuerzo”³⁰. Los lazos comunitarios son, así pues, inexistentes entre ella y la comunidad (la población de la aldea). Es más, su único amigo humano es Ibra, lo cual no deja de ser significativo, ya que se trata de un temporero senegalés, luego sujeto igualmente excluido de la comunidad. El título es, a la luz de lo anterior, bien elocuente, “la forastera”, en una novela que, como *Un amor* (2020), de Sara Mesa, *Villanueva* (2021), de Javi de Castro, o *Las ventajas de la vida en el campo*, gira también en torno a las dificultades de integración en comunidades pequeñas y cerradas. No hay, entonces, un “nosotros” cuya unión represente una resistencia real a la usurpación del trabajo y del paisaje en pos de la turistificación, como tal vez no ha habido un “nosotros” real tras la crisis capaz de revertir sus efectos. Más aún, los aldeanos aparecen retratados como agentes pasivos que, en el bar, aguardan la transformación como si de algo inevitable se tratara, igual que el discurso oficial empujó a entender la crisis como catástrofe imprevisible. ¿Es posible hoy desarrollar un modo de vida en el hábitat rural basado en las labores agrícolas o ganaderas como medio de subsistencia? De acuerdo con *La forastera*, no, de ahí la huida de la protagonista, incapaz de trascender el yo y colectivizar los problemas. La crisis del campo no tiene otra solución que la destrucción del propio campo, parece mostrarnos el texto, una constatación como mínimo desalentadora, pesimista o paralizante (no hay nada que hacer, tan solo las maletas)³¹.

³⁰ Merino, Olga, *La forastera*, Barcelona, Alfaguara, 2020, p. 11.

³¹ Para Geneviève Fabry, del sacrificio de la quema —el fuego como símbolo de una sequía permanente— se espera una regeneración futura, porque “el campo”, sostiene dicha autora, “que durante algunos años, cobijó el presente de Ángela, acaba de convertirse en cenizas, en pasado”, por lo que cae en el lector la responsabilidad de “imaginar nuevas formas de subsistir

La novela gráfica de Rubén Uceda, *La huerta y el origen de las cosas*, esboza, por su lado, una respuesta radicalmente *otra* a un conflicto harto parecido, siendo el resultado de la contienda representada asimismo distinto a ese final “abierto” de la obra de Merino.

La huerta nos muestra el trabajo diario de un colectivo agroecológico —que a su vez forma parte de una cooperativa compuesta por otros grupos— en unas tierras comunales en la época actual. La explicitación detallada de las labores agrícolas es fundamental en el relato, el cual se detiene en múltiples ocasiones precisamente en la representación visual de tareas como la siembra, el desbroce, la siega o el escardado, por no hablar de la reparación de herramientas o la compra de semillas. Lejos de paradisíaco, la vida del campesinado se expone con sus luces y sus sombras: el contacto con la tierra y el paisaje, el trabajo colectivo y al aire libre, la satisfacción de la autosuficiencia y de la autogestión, pero también el esfuerzo y la entrega completa, la imprevisibilidad de la naturaleza, los dolores físicos y la precariedad.

El conflicto central de la novela se desarrolla a propósito de la intención de la alcaldesa del pueblo de destruir parte de la dehesa, donde están las tierras comunales, para construir un complejo hotelero y un campo de golf. Nos encontramos, de nuevo, con la desagrarización del campo tan propia de la coyuntura precrisis, pero también poscrisis. El partido político en manos de la alcaldía tiene mayoría en el gobierno local, así que la negativa de la oposición poco puede conseguir. Ante el peligro real de la destrucción de la tierra, y al contrario que en *La forastera*, los aldeanos y los neorrurales agroecologistas se unen para llevar a cabo diversas acciones contra la propuesta: desde la recogida de firmas o la elaboración de una revista informativa hasta manifestaciones, pasando por un cara a cara con la policía y las máquinas de la empresa contratada para comenzar con la tala. La evidencia de una población posicionada como antagonista

y vivir, capaces de resistir al movimiento arrollador de un capitalismo que se abate sobre el campo y desdén sus potencialidades como lugar de subsistencia y de vida auténtica”. Véase Fabry, Geneviève, “¿Un imaginario impostado? Conflictos sociales y hermenéuticos en la novela neorrural española”, en María Eduarda Mirande et al. (coord.), *Literatura, Lenguajes e imaginarios Sociales: problemas, revisiones y propuestas*, San Salvador de Jujuy, Tiraxi ediciones, 2022, p. 150.

real obliga a la alcaldesa a echarse para atrás, quedando la dehesa sana y salva en manos de la gestión común.

Las ficciones operan bien reafirmando bien interrumpiendo los imaginarios dominantes, construyendo visiones del mundo determinadas. Textos como *La huerta* son esenciales a la hora de combatir el supuesto sentido común, porque son novelas donde: 1) el conflicto representado hunde sus raíces en las contradicciones del modo de vida capitalista y en lugar de construirse para interpretarse en clave individual, lo hacen apelando a la colectividad; 2) su resolución no supone el desplazamiento de esas contradicciones por otras de más fácil sutura por la ideología hegemónica, sino que planta cara a esos problemas proponiendo como solución la lucha unida, y 3) el conflicto termina resolviéndose con la victoria de las fuerzas disidentes, porque, atención: no solo la gente se une, sino que su unión consigue derrotar a los poderes dominantes. ¿Utopía? Para muchos, sí, pero ese es el problema: la falta de referentes en el presentismo deshistorizado de la actualidad; la tendencia ideológica dominante –se nos quiere islas en un archipiélago– a tildar un texto en el que la sublevación popular vence de utópico, irreal, inverosímil. El relato de Rubén Uceda interrumpe esa lógica en virtud de la cual los conflictos son siempre del “yo” y, por tanto, exigen una respuesta solo de ese “yo”. Pero hace algo más: reactualiza lo rural como lugar histórico desde el que construir una alternativa anti/poscapitalista al (de)mostrarnos la posibilidad de un modelo social distinto –un sistema productivo sostenible, basado en el bien común– que incite a pensar que puede existir la autogestión y, con ella, otro estilo de vida. Abre puertas, en lugar de cerrarlas, porque salvar el planeta y salvarnos a nosotros mismos pasa, entre otras medidas, por modificar nuestros sistemas de producción, esto es, por regresar, en lo posible, a aquella otra agricultura del pasado y a la ralentización del mundo convertida en acto de supervivencia³².

³² *La huerta* se inscribe, sin duda, en esa corriente de cómics que, de acuerdo con Jorge Català y Christine M. Martínez, han surgido de unos años a esta parte en España centrados en “trata[r] explícitamente los temas ecológicos, las crisis socioecológicas y la ecología política de la sociedad de consumo y de ciertas industrias con gran peso en el capitalismo español contemporáneo, como el turismo y la construcción”. Véase “La imaginación ecológica en el cómic español”, *CuCo, Cuadernos de cómic*, 17 (2021), pp. 20-21.

Me preguntaba a propósito de *La forastera* si es posible hoy desarrollar un modo de vida en el hábitat rural basado en las labores agrícolas o ganaderas como medio de subsistencia. Según el texto de Merino, no (por eso el personaje huye). La postura que nos presenta el relato de Uceda ofrece la respuesta contraria: sí es posible hoy desarrollar un modo de vida autosuficiente en el hábitat rural, pero es necesario hacerlo juntos, en comunidad. El mundo rural está desapareciendo, porque la rururbanización es evidente: esa es su crisis. *La drejera*, *La forastera* y *La huerta* son distintas contestaciones a esa misma crisis: mientras la primera apela al recuerdo como medio de verificación de lo perdido y, por ende, de lo que todavía nos es dado perder, la segunda claudica ante la evidencia de un tsunami imparables para un “yo” aislado, siendo la tercera la única capaz de imaginar la construcción de diques –todo lo temporales que se quieran– para evitar el impacto. Pero estos tres relatos nos permiten apuntar algo más: a una crisis, la del mundo rural, relacionada con cuestiones que han terminado desencadenando a su vez la crisis sistémica de 2008. Hemos visto con *La drejera* los inicios de la destrucción del hábitat rural en pos de modelos rururbanos de turismo, es decir, los primeros escalones de lo que ha terminado suponiendo no solo la erosión de los suelos, el aumento de los niveles de contaminación o la presión sobre especies en peligro de extinción, sino la completa transformación de un paisaje natural a un paisaje sobredificado. Y es que el *boom* de la construcción (la especulación inmobiliaria), sumado a la revalorización de la vivienda en la época precrisis, ha afectado también –y si cabe, más todavía– a las zonas rurales. Los tres textos aquí expuestos contienen en sí elementos con vínculos directos al derrumbamiento económico: la falta de solidaridad y empatía entre semejantes (la crisis y su enardecimiento del individualismo), el desapego con la naturaleza (o la naturaleza entendida en términos de puro extractivismo) o la turistificación de lo rural y su consecuente desagrarización (construcción de complejos hoteleros y campos de golf). Se trata, entonces, de relatos que, a pesar de no centrarse de manera específica en la textualización de causas o consecuencias de la recesión de 2008, se yerguen sobre su realidad anterior y posterior para enlazarla con otra de sus muchas caras, a saber: la crisis del hábitat rural.

2.2. La crisis en el hábitat rural

En *Las ventajas de la vida en el campo*, de Pilar Fraile, y *Feria*, de Ana Iris Simón, la crisis del mundo rural se ausenta y cede su espacio a la crisis de 2008. En ambos relatos, la precariedad material golpea a sus protagonistas, siendo este golpe el catalizador de una visión del campo como reverso de la ciudad; el pueblo y su modo de vida vuelto objeto de deseo –salvavidas– tras la sacudida. Conviene recordar, antes de continuar, que la España anterior al desastre venía de ser protagonista de un ciclo inmobiliario de subidas descomunales. La caída de la ficticia clase media que participa de ese ciclo –y que es la que compra los chalés de nueva construcción en el campo y juega de repente al golf– es, a partir de 2008, titánica. Porque con la crisis económica se destapa, finalmente, la mugre bajo los adoquines, esto es,

“la quiebra de los mecanismos de reproducción de clase, vidas que al fin se reconocen sin proyecto profesional y a duras penas familiar; vidas, en definitiva, proletarizadas”³³.

La austeridad impuesta desde Europa se despliega en el Estado español en forma de desempleo y desahucios: la precariedad se torna endémica tanto material como simbólicamente y un sentimiento de desesperación y de malestar comienza a aflorar en las capas afectadas por los recortes. Es en este contexto en el que, podemos decir, de una manera o de otra –tanto material como simbólicamente– se erigen los dos textos objeto de las reflexiones que siguen.

La novela de Fraile es una “vuelta de tuerca desmitificadora sobre la vieja idealización del retorno a la aldea”³⁴ (125). Pero el fracaso de ese retorno no se debe a “la dureza de la vida en el campo para un urbanita”, a “la claustrofobia del entorno rural” o a “la hostilidad de sus habitantes para con los forasteros”, sino a la constatación del carácter artificial de la imagen

que se tiene de la vida campestre³⁵. No creo, sin embargo, que de esta constatación se desprenda “nuestra imposibilidad de escapar de la ciudad y, con ella, de todos los simulacros de la modernidad”³⁶, es decir, la aceptación de un proceso de rururbanización finalizado y total. Pienso, más bien, que una cosa no tiene por qué implicar la otra, o sea, que ser conscientes de que el campo no constituye una esfera a salvo de contradicciones y problemas –muchos de ellos iguales a los de la ciudad– no ha de conducirnos a la asunción de la inexistencia de una “vida rural” distinta, en mayor o menor grado, a la urbana. Lo que sí que creo que implica la anterior constatación es, en cambio, la evidencia del poder de los aparatos ideológicos de estado althusserianos en la reproducción de ideología en tanto en cuanto esa idea preconcebida del campo no es natural ni arbitraria, sino ideológica³⁷. Desde esta óptica, la desmitificación que sobre la idealización de lo campestre realiza la novela de Fraile se entiende como representación de la distancia insalvable entre el modelo ideológico de “yo-soy” que todos portamos dentro (individualismo y competitividad, éxito y autogestión neoliberales) y la realidad de la precarización de nuestras vidas, sin duda acentuada tras el derrumbe de Lehman Brothers.

El texto de Fraile relata la experiencia de Alicia en una urbanización a las afueras de un pueblo innominado, lugar al que se muda junto con su marido y su hija debido a las dificultades econó-

³⁵ Gómez Trueba, Teresa, “Castilla glocal...”, op. cit., pp. 125-126.

³⁶ Gómez Trueba, Teresa, “Castilla glocal...”, op. cit., p. 126.

³⁷ Los aparatos de Estado son dos: el Aparato (represivo) de Estado y el Aparato Ideológico de Estado (AIE). El funcionamiento de ambos es doble: el primero, representado por formas que van desde el gobierno, la administración y el ejército hasta las prisiones, los tribunales y la policía, lo hace mayoritariamente por medio de la violencia y de la represión, y solo accidentalmente mediante la ideología. Por su lado, el AIE hace uso de la ideología, y, solo secundariamente, de algún modo de represión, y toma la forma de distintas instituciones (escolar, familiar, política, religiosa, cultural, etc.). La perpetuación de las condiciones de producción se realiza al compás de la ideología de la clase que domine, que es aquella que tenga el poder sobre los aparatos de Estado, pues en ellos se inscriben las prácticas ideológicas que los individuos reimpresen en su praxis. Véase Althusser, Louis, “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado”, en Žižek, Slavoj (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión*, Madrid, FCE, 2003, pp. 115-155.

³³ Rodríguez, Emmanuel, *Hipótesis Democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*, Madrid, Traficantes de sueños, 2013, p. 271.

³⁴ Gómez Trueba, Teresa, “Castilla glocal: pulsiones desmitificadoras en la última narrativa neorrural”, en Natalia Álvarez Méndez (ed.), *Relatos de viajes y novelas (Literatura actual de Castilla y León, 1)*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2020, p. 125.

micas derivadas de la crisis. O, dicho con otras palabras: la mudanza a un lugar más barato ocurre por la imposibilidad de mantener la ficción clasemedianista o burguesa en la ciudad. Los precios incrementan y los sueldos disminuyen, luego la única manera de mantener estatus y estructura material pasa por la migración. En cualquier caso, ese lugar idealizado por tantos y tantos productos culturales de sobremesa que es el campo en el imaginario dominante se resquebraja ya desde el inicio: “la ilusión de los primeros días, la emoción de vivir en una casa propia, ese sentimiento de que la vida empezaba al fin, no habían tardado en desvanecerse”³⁸, pero nótese cómo la emoción no es fruto de la vida en el campo en sí, sino de la propiedad privada con condición *sine qua non* para el arranque de la vida verdadera. Así, lo que le pasa a Alicia es que el cuento de hadas aldeano que tenía en la cabeza (familia feliz en su adosado comprado alejado de la urbe y su mundanal ruido; naturaleza, silencio, tranquilidad, productos ecológicos y vida comunitaria) se desmorona enseguida, tan pronto como entra en contacto con el vecino, un señor mayor que vive solo con su perro y cuyo comportamiento no encaja con los patrones de bonanza y camaradería campestres. A partir de ahí, el viejo y su perro se convierten en los elementos amenazadores que dan al traste con su vida idílica y la “mirada paranoica”³⁹ del personaje se hace omnipresente.

Las ventajas de la vida en el campo es una novela atractiva por dos razones. La primera, porque tematiza bien la neurosis –el trauma, si se prefiere– fruto del desajuste incorregible entre la imagen que se refleja en el espejo que el capitalismo nos pone delante, y con la que inconscientemente queremos identificarnos (ese modelo de “yo-soy” exitoso, fuerte y competitivo, capaz de sobreponerse a los problemas y vivir de acuerdo con sus deseos), y las dinámicas de precarización radical de nuestras vidas, aceleradas con la crisis de 2008. Un detalle para nada casual es, a este respecto, que la protagonista sea profesional de la fotografía y que, durante su estancia en el pueblo, consiga algún dinero fotografiando ur-

banizaciones vacías y/o abandonadas que luego retocará con programas informáticos para que la inmobiliaria que ha contratado sus servicios publicite, sin fisuras, la ficción de la posibilidad del oasis en medio de la destrucción financiera. El segundo motivo responde al hecho de que el texto denuncia con originalidad la decisión de vivir en el medio rural “sin la más mínima voluntad de integrarse en el nuevo entorno, y reproduciendo en él los vicios urbanos”⁴⁰.

No obstante, y a pesar, como digo, de los anteriores aciertos, el texto adolece de algunos problemas. Son, a mi parecer, los más graves (1) la falta de representación directa de las causas de la crisis de 2008 en el campo, y (2) que se desmitifique la vida en el campo sin que el campo aparezca por ningún lado. La relación entre ambos aspectos es más que evidente. Y es que la novela se convierte demasiado rápido en la paranoia de la protagonista, un personaje que apenas sale de su casa, luego la vida más allá de sus cuatro paredes desaparece casi por completo. ¿Cuál es la visión del campo representada? Ninguna, porque no aparece por ningún lado la realidad rural: no hay textualización de los problemas particulares del campo, de sus contradicciones o desajustes; ni despoblación, ni falta de infraestructuras, ni precariedad laboral, ni paro, ni agroindustria, ni destrucción de flora y de fauna, ni crisis ecosocial. Nada. La desmitificación se produce en un plano interior, totalmente desvinculado de la realidad material del campo. Sí, quizá porque la visión idealizada que se tiene del campo desplaza la realidad de sus condiciones materiales, pero, en cualquier caso, ¿qué mejor manera de criticar –y demostrar– lo impostado del imaginario campestre dominante que revelando (es decir, visibilizando) los problemas actuales del campo, sean o no derivados del desastre económico? ¿Qué sentido tiene presentar un mundo rural conflictivo con el objeto de desmitificar precisamente una visión conflictiva –idealizada– de la vida rural?

Que esto no ocurra –que no aparezcan las particularidades del modo de vida rural– tiene un efecto ideológico obvio más allá del de legitimar o perpetuar la idea de un campo aproblemático. Creo que *Las ventajas de la vida en el campo*, al desplazar las contradicciones que atraviesan la vida en el hábitat rural –un mundo el rural en el que, de nuevo, apenas parecen haber llegado las

³⁸ Fraile, Pilar, *Las ventajas de la vida en el campo*, Barcelona, Caballo de Troya, 2018, p. 12.

³⁹ Sánchez-Aparicio, Vega, “La trampa bucólica: precariedad y mirada paranoica en *Las ventajas de la vida en el campo* de Pilar Fraile”, en Natalia Álvarez Méndez (ed.), *Relato de viajes y novela (Literatura actual en Castilla y León, 1)*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2020, p. 331.

⁴⁰ Mora, Vicente Luis, “Líneas de fuga...”, op. cit., p. 221.

consecuencias de la crisis económica— opera, en el fondo, reproduciendo la misma ideología que pretende rebatir, esa según la cual se conforma el imaginario rural mayoritario y esa por la cual, como bien ejemplifica el texto de Fraile, buena parte de la producción cultural actual sigue caracterizándose por lo apolítico (que no aideológico).

Feria, de Ana Iris Simón, opera por su parte reproduciendo los estereotipos que aparecen en *Las ventajas de la vida en el campo*. Se trata de un texto que, de un lado, capta con acierto los síntomas del malestar de toda una generación joven (la falta de certezas, la precariedad material, la inestabilidad, el desapego o el sentimiento de estafa poscrisis y pos15-M), es decir, que señala sin discreción las causas en nuestra subjetividad del avance del neoliberalismo, pero que, del otro, propone una solución basada en el regreso a un pasado deshistorizado⁴¹. Es, usando los términos de Champeau, una “utopía retrospectiva” que, al buscar en el pasado un modelo para el presente y el futuro, puede tildarse de conservadora⁴².

La narradora de *Feria* —suerte de monólogo interior fragmentario— es de origen rural y clase baja. Desde hace años, sin embargo, reside en Madrid, la gran urbe, el escenario donde, como estudiante de periodismo que es, espera poder mudar la piel y desprenderse de las raíces pueblerinas. El paso del tiempo y el impacto de la crisis —la imposibilidad de llevar a cabo el proyecto de vida deseado: ser una periodista cosmopolita, ganar dinero, comprar una vivienda y formar una familia— llevan al personaje a construir el discurso que constituye la obra; un discurso potente en tanto en cuanto el componente de clase es claro y las críticas se disparan tanto a la élite cultural como a la explotación, a la precariedad o a la artificialidad homogeneizada (y homogeneizadora) del mundo actual, cegado por la luz que sigue desprendiendo la idea del progreso, a pesar de las ruinas. Pero este discurso se combina o enreda con otros: uno que ensalza como horizonte de expectativas el trabajo reproductivo y el trabajo doméstico de la mujer —y afirma, por ejemplo, que “para gustar los hombres tienen que ‘hacer’

pero a nosotras nos basta con ‘ser’”⁴³—, u otro que rechaza las nuevas masculinidades, porque, al igual que El Fary, el yo narrador también detesta al “hombre blandengue”⁴⁴.

El texto comienza así:

“Me da envidia la vida que tenían mis padres a mi edad. [...] con mi edad mis padres tenían una cría de siete años y un adosado en Ontígola, provincia de Toledo. La Ana Mari [su madre] acababa de dejar de fumar y con el dinero que se ahorró en tabaco se compró una Thermomix y eso a mí me da envidia”⁴⁵.

Toda una declaración de intenciones: el personaje envidia (1) la maternidad, (2) la propiedad privada y (3) el trabajo doméstico. Tres deseos que la realidad poscrisis no le permite satisfacer. Pero las contradicciones estallan, porque si por un lado el libro tematiza los síntomas del malestar de una juventud a la que se le han cerrado las puertas del futuro prometido, reivindicando la necesidad de asideros para construir un relato de vida, ese relato toma como modelo los ideales de un pasado desproblematizado y deshistorizado, a todas luces nostálgico, personificado en la vida de los padres. El desplazamiento de los conflictos en la visión dada de ese pasado es incuestionable —aunque haya quienes defiendan lo contrario⁴⁶—, dado que precariedad, machismo, violencia y desajustes apenas se tocan. Así, si algo muestra *Feria* con esplendor es cómo del malestar —sea este el que sea— no se desprende *per se* la imaginación de formas de vida comunes mejores (esto es, emancipadoras, sin explotación). El texto oculta aquello que ensucia o emborrona la fotografía de lo anhelado por el yo, la vida en el pueblo de sus antepasados, porque “no es posible proyectar las propias insatisfacciones en algo desconocido sin ocultar los

⁴¹ Niebla, Rocío, “‘Feria’, el libro de la discordia: ¿autoficción neofascista o reivindicación de lo comunitario?”, *elDiario.es*, 25 de mayo de 2021.

⁴² Champeau, Geneviève, “La novela neorrural actual...”, *op. cit.*, p. 30.

⁴³ Simón, Ana Iris, *Feria*, Barcelona, Círculo de tiza, 2020, p. 101. [Las comillas son mías]

⁴⁴ Simón, Ana Iris, *Feria*, *op. cit.*, p. 163.

⁴⁵ Simón, Ana Iris, *Feria*, *op. cit.*, p. 17

⁴⁶ Véase Moyano Arellano, Claudio, “Entre el artificio y el compromiso: la novela neorrural española actual”, en Gómez Trueba, Teresa (ed.), *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía: de la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes, 2022, pp. 97-117, o Soto Ivars, Juan, “La escritora roja que enamora a la gente de derechas”, *El Confidencial*, 26 de enero de 2021, entre otros.

elementos que enturbiarían la imagen del objeto anhelado”⁴⁷.

Así, en *Feria* nos asomamos a un pasado en el campo –los abuelos eran feriantes– aconflictivo, sin atisbo de problemas estructurales ni de vidas atravesadas por la precariedad, la explotación u otras violencias; sin machismo ni homofobia; un campo retratado como paraíso y adalid de los valores tradicionales: la estabilidad, la familia, la costumbre, la “normalidad”. El imaginario rural que maneja la novela esconde las trampas de esa vuelta nostálgica y melancólica al pasado cuando desplaza, como el relato de Pilar Fraile, las contradicciones radicales que atraviesan también a esas vidas. El campo imaginado por la voz narrativa es, de esta manera, un campo entendido como esfera independiente y separada de la vida urbana; un lugar, entonces, donde sí es posible lograr el proyecto de vida planteado: comprar una casa, formar una familia y dedicarse a las labores del hogar, porque la crisis parece no haber llegado tampoco. Como si el cambio de espacio supusiera una automática transformación de nuestra subjetividad, modo de vida y posibilidades materiales. El campo no es por lo tanto aquí –como sí lo es en *La huerta*– el estadio anterior al modo de producción capitalista cuya recuperación abriría las puertas a la promesa de una posibilidad “otra” que construir y estudiar. No, lo rural es en *Feria* simplemente sinónimo de un horizonte precrisis donde hacer realidad la tríada casa-coche-hijo; es decir, el paisaje de cartón piedra de un pasado construido sobre igual ideología.

CONCLUSIONES

“Algunos escritores creen que regresando a la aldea vuelven al pasado, cuando lo rural no es más que un presente alternativo –muy tecnificado y desarrollado, por cierto; muy globalizado gracias a las ayudas europeas, los abonos líquidos y las semillas de Monsanto–, que es tan muestra de nuestras contradicciones y de nuestros problemas como la más contaminada de nuestras ciudades”⁴⁸.

La ficción narrativa española reciente no ha conseguido aún –tal vez porque es incapaz, tal vez porque no sabe cómo, tal vez porque no le in-

teresa– imaginar medidas o plantear soluciones a los problemas del campo español; tampoco representar de manera efectiva, concienciada y comprometida las consecuencias de la crisis sistémica de 2008 sobre el hábitat rural; y, ni mucho menos, concienciar al lector de la urgencia de su situación, cuando es una realidad que “el medio rural y sus habitantes [...] necesitan más que nunca que se afronten de verdad sus problemas y necesidades”, acrecentados, como no puede ser de otra manera, por los efectos del derrumbamiento económico, político y social, por no hablar de la cuestión climática⁴⁹. De los textos literarios comentados, solo *La huerta y el origen de las cosas*, de Rubén Uceda, tiene la valentía de superar la superficialidad, perforar el nivel epidérmico del relato dominante y plantear una solución concreta a conflictos concretos que suceden hoy, ahora, unos kilómetros más allá de los centros urbanos. El proceso de repolitización de la novela acontecido con el 15-M parece no haber encontrado un gran eco, todavía, en esta suerte de giro hacia lo rural producido en la última década tras la aplaudida publicación de *Intemperie* y de *La España vacía*, para muchos los antecedentes directos de este regreso del hábitat rural a la literatura o al imaginario cultural; un regreso al que algunos, por otro lado, no han dudado en referirse como fenómeno comercial (Mora 2018; Sánchez 2019; Morillo 2019; Gómez Trueba 2020; Iturbe 2022). Moda o no, lo político parece estar más ausente que presente en la novela española actual del hábitat rural; igual de ausente, en cualquier caso, que la realidad material y simbólica poscrisis. El camino, así pues, está todavía por hacer.

⁴⁷ Badal Pijoan, Marc, *Vidas a la intemperie...*, op. cit., p. 177.

⁴⁸ Mora, Vicente Luis, “Líneas de fuga...”, op. cit., p. 216.

⁴⁹ Sánchez, María, *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*, Barcelona, Seix Barral, 2019, p. 96.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis, “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado”, en Žižek, Slavoj (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión*, Madrid, FCE, 2003, pp. 115-155.
- Amuriza, Miren, *Basa*, Bilbao, Consonni, 2021.
- Ayete Gil, Maria, *Ideología, poder y cuerpo: la novela política contemporánea*, Manresa, Bellaterra edicions, 2023.
- Badal Pijoan, Marc, *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*, Logroño y Oviedo, Pepitas y cambalache, 2017.
- Becerra Mayor, David, *Después del acontecimiento. El retorno de lo político en la literatura española tras el 15-M*, Manresa, Bellaterra Edicions, 2021.
- *La novela de la no-ideología. introducción a la producción literaria del capitalismo avanzado en España*, Madrid, Tierradenadie ediciones, 2013.
- Català, Jorge y Christine M. Martínez, “La imaginación ecológica en el cómic español”, *CuCo, Cuadernos de cómic*, 17 (2021), pp. 18-37.
- Champeau, Geneviève, “La novela neorrural actual entre distopía y retro-utopía”, *HispanismeS. Revue de la Société des Hispanistes Français*, 11 (2019), pp. 16-34.
- Carrasco, Jesús, *Intemperie*, Barcelona, Seix Barral, 2013.
- Collantes, Fernando, y Vicente Pinilla, *¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019.
- Colomer, Álvaro, “La literatura vuelve al campo”, *La Vanguardia*, 19 de agosto de 2014.
- De Castro, Javi, *Villanueva*, Bilbao, Astiberri, 2021.
- Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Santiago de Chile, Ediciones Naufragio, 1995.
- Del Molino, Sergio, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner, 2016
- Entrena-Durán, Francisco, “La ruralidad en España: de la mitificación conservadora al neorruralismo”, *Cuadernos de desarrollo rural*, 9/69 (2020), pp. 39-65.
- Fabry, Geneviève, “¿Un imaginario impostado? Conflictos sociales y hermenéuticos en la novela neorrural española”, en María Eduarda Mirande et al. (coord.), *Literatura, Lenguajes e imaginarios Sociales: problemas, revisiones y propuestas*, San Salvador de Jujuy, Tiraxi ediciones, 2022, pp. 127-54.
- Fraile, Pilar, *Las ventajas de la vida en el campo*, Barcelona, Caballo de Troya, 2018.
- Gómez Trueba, Teresa, “Introducción: desmontando algunos sobreentendidos en torno al neorruralismo y la novela”, en Gómez Trueba, Teresa (ed.), *La alargada sombra de Delibes sobre la España vacía. De la novela rural al neorruralismo del siglo XXI*, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes, 2022, pp. 7-21.
- “Castilla glocal: pulsiones desmitificadoras en la última narrativa neorrural”, en Natalia Álvarez Méndez (ed.), *Relatos de viajes y novelas (Literatura actual de Castilla y León, 1)*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2020, pp. 123-138.
- Guiu, Víctor, *Lo rural ha muerto, viva lo rural. Otro puñetero libro sobre la despoblación*, Teruel, Dobleuve Comunicación, 2019.

- Gozalo i Salellas, Ignasi, “15-M, la lluvia que no cesa. Una relectura del acontecimiento contemporáneo”, *452ªF. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 15 (2016), pp. 54-70.
- Lyson, Thomas A. y William W. Falk (eds.), *Forgotten Places: Uneven Development in Rural America*, Lawrence, University Press of Kansas, 1993.
- Martín i Serra, Miquel, *La dreuera*, Barcelona, Edicions del Periscopi, 2022.
- Merino, Olga, *La forastera*, Barcelona, Alfaguara, 2020.
- Molina Gil, Raúl, “Del neorruralismo a las literaturas de la ruralidad: un debate terminológico sobre el etiquetado de una tendencia en auge”, *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 34 (2024) [en prensa].
- Mora, Vicente Luis, “Líneas de fuga neorrurales de la literatura española contemporánea”, *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 4 (2018), pp. 98-22.
- Niebla, Rocío, “‘Feria’, el libro de la discordia: ¿autoficción neofascista o reivindicación de lo comunitario?”, *elDiario.es*, 25 de mayo de 2021.
- Nogué, Joan, “El reencuentro con el lugar: nuevas ruralidades, nuevos paisajes y cambio de paradigma”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 62 (2016), pp. 489-502.
- Ratier, Hugo, “Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión”, *Revista de Ciencias Humanas*, 31 (2022), pp. 9-29.
- Rodríguez, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, Madrid, Akal, 2013.
- Sánchez-Aparicio, Vega, “La trampa bucólica: precariedad y mirada paranoica en *Las ventajas de la vida en el campo* de Pilar Fraile”, en Natalia Álvarez Méndez (ed.), *Relato de viajes y novela (Literatura actual en Castilla y León, 1)*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2020, pp. 327-334.
- Sánchez, María, *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*, Barcelona, Seix Barral, 2019.
- Simón, Ana Iris, *Feria*, Barcelona, Círculo de tiza, 2020.
- Soto Ivars, Juan, “La escritora roja que enamora a la gente de derechas”, *El Confidencial*, 26 de enero de 2021.
- Uceda, Rubén, *La huerta y el origen de las cosas*, Madrid, Akal, 2020.

